Vamos a la gran ciudad

Francisco Javier Monroy Sais

Image not found.

Capítulo 1

Vámonos a la Gran Ciudad.

A todos aquellos adultos mayores que han migrado a la Ciudad en búsqueda de prosperidad y han dejado sus tierras y añoranzas atrás.

Después de tanto tiempo Don Pepe por fin regresó, son tantos años los que se alejó que muchas cosas ya no reconoció. Las dudas de haber tomado la mejor decisión le invaden la cabeza, un sentimiento de poca pertenencia y pérdida de identidad invaden su cabeza, ya es muy tarde para echarse para atrás, además él ya no quiere volver a comenzar, solamente quiere llevar una vida de paz y tranquilidad.

José Arriaga, o Don pepe como todos lo conocen, llegó a la Ciudad de México hace 37 años con su esposa después de varias malas temporadas de cultivo de maíz en su pueblo natal en La Concordia, Chiapas. En ese entonces, su hermano, Raúl, le dijo que dejara de una vez por todas su pueblo y que se viniera a la Ciudad de México, que ahí, si algo había, era trabajo.

Se la pensó muchas veces, pensaba mucho en su pueblo y en sus cosechas, prácticamente lo único que conocía y lo único que sabía hacer según sus propias palabras, también pensaba en sus dos hijos que habían decidido probar suerte para nunca regresar a Estados unidos, pero sobretodo, le daba miedo ir a una de las metrópolis más grandes y despiadadas del mundo. Sin embargo, algo que siempre lo animo fue el apoyo incondicional de su esposa ante cualquier situación difícil o retadora en la vida.

Fue así que Don Pepe se despidió de su pueblo, su mundo, su única realidad que había conocido hasta ese entonces. Con su partida dejaba atrás casi 40 años de una vida dedicada al campo y dejaba atrás su pequeña casita que construyó con el paso del tiempo con todo tipo de material que se llegaba a encontrar, en fin, dejaba atrás lo que era para convertirse en lo que sería.

Llegó un miércoles por la tarde a la Ciudad de México acompañado de su esposa María Concepción, o Conchita como le decían. En cuanto llegaron, se sentían como si hubieran llegado a una dimensión desconocida; el bullicio estremecedor en el metro causado por todos los trabajadores que estaban regresando a sus casas después de una larga jornada laboral y la venta de prácticamente todo tipo de objetos sacados de otra galaxia a las afueras del metro hacían que Don Pepe y Conchita sintieran un miedo sobrecogedor por no tener ni idea de lo que estaba ocurriendo a su

alrededor.

Raúl, el hermano de Don Pepe, ya les tenía preparado a su llegada un cuarto con todo lo necesario para comenzar su aventura en la Ciudad de México. Además del cuarto, Raúl también ya le había conseguido a su hermano Pepe una entrevista de trabajo en las instalaciones del IMSS que se encontraban en el centro médico de la Ciudad de México. Así que, en cuanto llegaron por fin al cuartito don Pepe y su esposa Conchita, sin siquiera inspeccionar un poquito lo que sería su nuevo hogar, los dos cayeron rendidos en la cama ante su primer día en la gran capital y la necesidad de despertarse temprano para la entrevista de trabajo que don Pepe tenía al día siguiente.

Don Pepe se levantó muy temprano y con muchos nervios por su entrevista de trabajo que tenía ese día, no tenía mucha idea de lo que tenía que hacer y el solo conocía sobre el campo. A eso de las 8:10 de la mañana, Don Pepe ya llevaba más de 40 minutos esperando sentado en frente de la puerta a su hermano Raúl que lo iba a acompañar a la entrevista. Finalmente, después de casi una hora de espera, llegó Raúl sin ningún sentido de preocupación por el retraso y le dijo a su hermano:

-¡Qué gusto verte Pepe! Pensé que no te ibas a animar a venirte al D.F. y aquí estas, ¿Verdad qué es increíble esta ciudad? Don Pepe le respondió:

- Hola Raúl, pues me siento en otro mundo, ayer vi cosas que jamás había visto en toda mi vida, no sé cómo le voy a hacer para trabajar aquí, yo solo conozco del campo.

- ¡No te preocupes hermano!, así es esto de la ciudad, pero vas a ver, en menos de lo que te imaginas te vas a adaptar a este lugar. Además, no te preocupes por el trabajo, lo vas a hacer muy bien y te he conseguido un trabajo en el gobierno, el mejor tipo de trabajo que se puede hacer en la ciudad. Pero bueno, vámonos porque ya vamos retrasados.

Siguieron platicando de mil cosas durante todo el trayecto, había tantas dudas de don Pepe sobre la Ciudad de México y tantos recuerdos olvidados de Raúl de su pueblo que parecía que no podían perder el tiempo en suspirar para seguir hablando. En cuanto llegaron al centro médico, Raúl guío a su hermano a la oficina donde iba a ser la entrevista de trabajo y le dijo que no se preocupará por nada, que todo iba a salir bien.

Entró a una diminuta oficina con tan solo un escritorio y una silla, Don Pepe, pegado a la pared y parado porque no había espacio, se presentó ante un hombre chaparro, gordo y bigotón. Aquel hombre, sin siquiera voltearlo a ver e inmerso en su juego de palabras de su periódico matutino le pregunto que si sabía barrer y trapear. Don Pepe, que estaba ansioso por chambear de lo que fuera le contestó que si sabía hacerlo sin

ningún problema. Aquel hombre chaparro y bigotón le dijo donde se encontraba la escoba y trapeador y sin más que tratar don Pepe comenzó a trabajar.

Al salir Don Pepe de la oficina, su hermano ya lo estaba esperando con una sonrisa entre los labios y de inmediato le dijo:

-¡Ya vez! Que te dije carnal, aquí tengo vara alta yo. Don Pepe le contestó:

- Pues sí hermano, pero yo me imaginaba que iba ser algo más gubernamental.

-Es la misma chingadera carnal, hasta haces mucho más por la sociedad y lo importante es que hasta asegurado vas a estar.

-No pos si hermano, tienes razón, no me debo ni de quejar.

Así iba a comenzar para don Pepe lo que iban a ser los próximos 14 años de su vida laboral, limpiando y ordenando todos los rincones del Centro Médico hospital. Ese día regresó en la nochecita con su Conchita, le contó con alegría que ese mismo día le ofrecieron un trabajo honrado. Ambos estaban felices por su nueva etapa en la vida y sus ánimos por progresar en la capital crecían.

Los días pasaban y ellos todavía seguían extraños y maravillados ante todo lo que veían en esa gran ciudad; se quedaban horas enteras admirando la torre latinoamericana sin parpadear, de tan solo pensar en estar en la cima les daba un pánico sin igual, la complejidad del metro los hacia alucinar, pero no había nada que los impresionara más que la agitación de una creciente población.

La adaptación no era nada fácil, varias veces pensaron en regresar a su pueblo, a sus cultivos, a un mundo donde el tiempo no corría, pero al final, siempre desistían, la esperanza de una mejor vida alejada de la pobreza era mucho más fuerte que sus nostalgias y fantasías de un lugar que ya solamente en sus recuerdos existía.

A pesar de la nostalgia por sus tierras, la vida en la Ciudad de México les sonreía a Don Pepe y Conchita. Don Pepe, caracterizado por su humildad y puntualidad, se ganaba a pulso el respeto y cariño de todos los empleados del Centro, y Conchita, que era una experta cocinera tradicionalista, le ofrecieron trabajo en una pequeña pero muy agradable fondita. Ambos llegaron a estar tan ocupados y a sentirse realizados en sus respectivos trabajos que las imágenes de su pueblo se les borraban con el paso del tiempo.

Después de algunos años, ya inmersos totalmente en el vaivén de los propios y extraños de la capital, los dos estaban muy felices porque lograban tener su propio espacio. Gracias a un préstamo hipotecario del gobierno tras unos cuantos años laborando, Don Pepe pudo comprar su hogar en una unidad habitacional, tras tanto tiempo por fin se sentían parte de la ciudad.

Todo parecía normal, parecía que si seguían siendo humildes, honrados y acertados, las carencias que tanto los habían atormentado durante toda su vida pasarían a un segundo plano y seguirían mejorando su bienestar. Para ellos, atrás quedaban los malos ratos, los estragos, la ley de nacer pobre y morir pobre quedaba en el pasado, sentían el aire de progreso que los llevaba cada vez más lejos.

No duraría mucho tiempo, por razones complejas y adversas a ellos, todo se vino abajo, nunca entendieron bien lo que paso, solo sintieron el efecto del torbellino que casi los demolió. De la noche a la mañana, el optimismo se convirtió en pesimismo, su ilusión latente de seguir avanzando se desvaneció junto con la casi toda una población.

La crisis del 94 llegó sin perdonar a nadie, sin hacerle la excepción a Don Pepe y a Conchita que también los arrastró. No fue culpa de Don Pepe, de hecho, un poco apenados y avergonzados le informaron que ya no podían seguir contratándolo, que era una de las personas más leales que habían conocido, pero que lamentablemente ese negro momento hacía las cosas inevitables. Don Pepe no se enojó, simplemente lo aceptó aunque lo que paso nunca lo entendió.

Fue un duro golpe para ellos, entre las deudas de su hogar y la incertidumbre generada, la angustia casi les ganaba. Doña Conchita se volvió el sostén de la casa y aunque había momentos en que los gastos casi los asfixiaban, pudieron soportar las rachas malas y sobrevivir a una crisis que casi los estrangulaba.

Pasaron varios meses para que Don Pepe volviera a trabajar, después de buscar algunas opciones por fin pudo entrar en una empresa de limpieza. Durante la próxima década se dedicaría a limpiar el sexto piso de un edificio empresarial, pasando totalmente desapercibido en ese mundo laboral pero teniendo una mayor paz y tranquilidad. Fue la etapa de mayor estabilidad para Don Pepe y Doña Conchita que con una vida sencilla, por fin lograron terminar de pagar su hogar.

Al pasar esos años, los cambios en el cuerpo de Don Pepe se notaron, la vejez le llegó llenándolo de arrugas y pintando su cabello de blanco. Aunque él se sentía con mucha energía, tuvo que dejar su trabajo, no era decisión de él, la regla de la empresa se lo impedía pues no les convenía

tener trabajadores viejos y enfermos.

La angustia y molestia lo invadió, otra vez tenía que buscar algún lugar donde trabajar y aunque él quería irse a su pueblo a descansar, no tenía suficientes recursos para garantizar su estabilidad. Intentó sacar su pensión, pero no le alcanzó, los años de cotización no fueron los suficientes en su primer trabajo, le dijeron que casi los alcanzaba pero la salida durante la crisis no se lo permitió y en su segundo trabajo la recontratación año tras año se lo impidió.

Cansado y viejo, la idea de regresar a su pueblo natal le regresaba todas las noches en sus sueños. A pesar de la pobreza de aquel lugar, Don Pepe idealizaba sus recuerdos, sobre todo los de la naturaleza y los de la sencillez de las personas, donde parecía que no pasaba el tiempo y era posible detenerse a apreciar el momento.

Doña Conchita y Pepe lo discutieron, iban a ahorrar durante un tiempo, vender su hogar y después se iban a ir a su lugar de nacimiento. Don Pepe siguió de hojalatero, era lo único que pudo encontrar a su edad, ya sin ningún horario o jefe que respetar, él seguía saliendo todos los días bien puntual, sus hábitos nunca se perdieron. Doña Conchita continuaba en la fondita, su sazón la había hecho imprescindible durante todos esos años.

Sus planes seguían sin cambiar, la ilusión e idealización de regresar a su pueblo era su plática habitual. Inmersos arduamente en su rutina para pronto salir de ella, la enfermedad golpeó de sorpresa a Doña Conchita. Una molestia que durante varios meses ya la seguía se convirtió en su peor pesadilla.

Le diagnosticaron cáncer de mama a Doña Conchita. Lo aceptó de la mejor manera, no sabía que pasaría pero ella estaba decidida a recuperarse. Comenzó así su tratamiento en un hospital del seguro popular, la ilusión de regresar a su pueblo tenía que esperar, su salud se había convertido en la prioridad.

Intentaron seguir con su rutina habitual pero la enfermedad de Doña Conchita fue empeorando más y más. Los gastos no cubiertos para curar su enfermedad, el agresivo tratamiento que la desgastaba sin igual y un mal fundado sentimiento de creer ser una carga hicieron que Doña Conchita dejara de luchar, había llegado un momento en el que estaba muy cansada de todo lo que la rodeaba. Por más que Don Pepe trató de convencerla de seguir el tratamiento, al final terminó por aceptar su decisión, regresarían a su antigua vida y dejarían en manos del destino la situación. El cáncer la fue debilitando hasta que ya no pudo más, se fue un viernes mientras dormía.

Don Pepe se encontraba desolado, lo más importante de su vida se había esfumado. Se sentía desorientado, como en aquel momento que llegó a la Ciudad de México por primera vez, creyéndose un bicho raro en un mundo totalmente alejado de lo que él conocía. Estaba solo, ya no sabía a donde pertenecía, solo sobrevivía.

Su aventura de 37 años en la capital en busca de una mejor calidad de vida se terminaba, vendió su pequeño hogar y lo poco que le quedaba. Salió por la mañana de la estación de Taxqueña sin mirar atrás, para nunca regresar y así, regresar a su tierra natal, de la que en sus recuerdos y anhelos jamás pudo escapar.